

Psicología y Colonialismo en España (I): la Inteligencia del Negro Guineano

Javier Bandrés y Rafael Llavona

Universidad Complutense (España)

Psychology and Colonialism in Spain (I): Black Guinean Intelligence.

The Spanish doctors Vicente Beato and Ramon Villarino published in 1944 the work *Capacidad mental del negro* (Mental capacity of the black), in that they presented the results of their investigations in the Spanish colony of Equatorial Guinea. These investigators applied to a group of natives the Yerkes and Binet-Bobertag's tests and their conclusions pointed clearly at the native's mental inferiority as compared to white Europeans. This investigation suggested the necessity to adapt the colonial educational system to the inferior mental capacity of the natives and, in spite of the criticisms that it received, helped to start a research program sponsored by the Instituto de Estudios Africanos (Institute of African Studies) of the Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Higher Council for Scientific Research) of Spain.

Keywords: intelligence, race, Spain, Guinea.

Los médicos españoles Vicente Beato y Ramón Villarino publicaron en 1944 la obra *Capacidad mental del negro*, en la que exponían los resultados de sus investigaciones en la colonia española de Guinea Ecuatorial. Estos investigadores aplicaron a un grupo de nativos los tests de Binet-Bobertag y Yerkes, y sus conclusiones apuntaban claramente a una inferioridad mental de los nativos respecto de los blancos europeos. Esta investigación sugería la necesidad de adaptar el sistema educativo colonial a la inferior capacidad mental del nativo y, a pesar de las críticas recibidas, impulsó un programa de investigación patrocinado por el Instituto de Estudios Africanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España.

Palabras clave: inteligencia, raza, España, Guinea.

Las imágenes en el texto han sido reproducidas gracias a la colaboración de la Biblioteca de la Facultad de Medicina, Universidad Complutense, Madrid.

Correspondence concerning this article should be addressed to Javier Bandrés. Universidad Complutense. Facultad de Psicología. 28223 Pozuelo de Alarcón. Madrid. (Spain). E-mail: madrono1@psi.ucm.es

El 24 de marzo de 1778 se firmó el Tratado de El Pardo entre Carlos III de España y D^a María I de Portugal en el que se fijan los límites de los respectivos territorios americanos. En un Anexo reservado se acordó la cesión, a cambio de la colonia española de Sacramento, de las islas portuguesas en la Guinea Ecuatorial de Fernando Poo y Annobón y la autorización para establecerse y comerciar en los puertos del río Gabón, de los Camarones, de Santo Domingo, Cabo Feroso y otros del distrito, para compra y venta directa de negros y otros fines. Ese mismo año se efectúa la toma de posesión de las dos islas y se inicia el reconocimiento del litoral. En 1859 se publicó el Estatuto Orgánico de Colonia. En 1883 llegan a Fernando Poo los Misioneros Padres del Corazón de María (claretianos) y de ahí pasan a las otras islas y posteriormente al continente. Su presencia aseguró la soberanía de algunas plazas. Al año siguiente los misioneros fundan una Escuela de Primera Enseñanza y llegan las Misioneras de la Inmaculada Concepción de María. El marqués de Comillas encarga a Emilio Bonelli en 1887 el estudio de la instalación de factorías en la zona continental de Guinea. Bonelli recorre la cuenca del Muni y la del Benito, instala una factoría en Elobey y levanta un mapa de la zona sur de Guinea ecuatorial. La Compañía Transatlántica abre una oficina en Fernando Poo para el servicio de la línea de vapores con la Península. Tres años más tarde Bonelli levanta el plano de Santa Isabel. En 1900 se firma el Tratado franco-español de París en el que se delimitan los derechos españoles en África Ecuatorial. Una negociación en inferioridad de condiciones termina con serios recortes sobre las áreas ocupadas. El territorio de Guinea queda reducido a unos 28.000 Km². Se procede a la ocupación definitiva de los territorios y en 1904 se aprueba un nuevo Estatuto Orgánico Colonial que da lugar a la constitución del Patronato de Indígenas de Guinea (creado por decreto de 11 de julio de 1904). Guinea es definida como colonia de explotación comercial. En 1920 una expedición presidida por el general Barreda delimita las fronteras de la zona continental de Guinea.

En plena guerra civil el gobierno de Franco promulga, por decreto de 29 de septiembre de 1938, un nuevo Estatuto del Patronato de Indígenas, orientador de la política colonial del Nuevo Estado. Según el documento, es tarea del Patronato velar para que se cumpla la finalidad de la presencia de España en África; esto es, la elevación espiritual, intelectual y material del indígena, colaborando con la acción colonizadora del Estado en la tutela, desarrollo y defensa de los intereses morales y materiales de los indígenas, fomentado la cultura, la moralidad y la adhesión a España (Negrín Fajardo, 1989). Es en este contexto en el que se desarrollan las investigaciones en Guinea de los médicos Vicente Beato y Ramón Villarino.

Una Tesis Doctoral: El Desarrollo del Niño Guineano

Vicente Beato presentó su tesis doctoral *Contribución al estudio del desarrollo somático-morfológico del niño en Fernando Poo y causas que influyen en su anómala evolución* en la Universidad de Madrid el 30 de mayo de 1942. El trabajo lleva por subtítulo *Urgente necesidad de un servicio de puericultura*. Se divide el trabajo en 8 capítulos en los que se aborda fundamentalmente la demografía de la isla, el desarrollo del niño indígena, las enfermedades infantiles y su influencia en el desarrollo y, finalmente, la idea de lo que debería ser un servicio de puericultura. Beato señala en su introducción que realizó el estudio en un teórico “dispensario infantil” que en la práctica no existía y que no disponía ni de balanza para pesar a los bebés. Señala también la colaboración, entre otros, del Dr. Kremer, miembro de la Misión Médica Alemana, enviada por el gobierno nazi a la Guinea española y dirigida por el doctor Zschucke.

El primer párrafo deja diáfano el punto de vista del autor sobre el trabajo científico en las colonias: “Si la naturaleza humana se nos presenta cada día como la realidad más extraña y sugestiva, mucho más nos atrae si la que se nos viene a nuestros ojos es de una contextura somática y psíquica de bien distinto linaje a la nuestra” (p. 17). Añade el autor que se trata de una labor de “especial misión colonial” debida “por una parte, a su encuentro con una realidad racialmente distinta a la nuestra, de otra, a la específica patología de esta naturaleza” (p. 18). Beato subraya que, más que un ejercicio puramente científico, se trata de colaborar en la mejor comprensión de los problemas que afectan a la política colonial y, singularmente, en el de la falta de trabajadores indígenas en las explotaciones de la isla: “Nos encontramos al poco tiempo de nuestra estancia en aquellos parajes con un problema que constituye una constante preocupación de la Política Colonial: la falta de braceros para la explotación de la Colonia. Falta que, en realidad, es médula del problema colonial (...) También se le descubre, a las primeras de cambio, a cualquiera que haya visitado aquellos países, el remedio a tales males. El cual estriba, sin más y menos, en una acertada Política Sanitaria” (p. 18). Una política “que aspire a la consecución de un aumento de la población indígena para, de esta manera, poder utilizar el mayor número posible de trabajadores sanos y fuertes (...) una buena Organización Sanitaria que tenga como fundamento la Puericultura, con la que asegurar el arribo a la edad adulta del máximo número de niños indígenas, es la única solución para detener la despoblación...” (p. 19). Y hay que actuar rápido, ya que la escasez de trabajadores se agudizará en un próximo futuro, en el que África “será una cantera inagotable, de la que Europa saciará sus necesidades tan pronto como comience a tener vida la nueva organización que se impondrá en el mundo en la época de paz que sobrevenga después de la actual guerra” (p. 20).

Las conclusiones médicas del estudio, que llevan a Beato a la conclusión de que “consideremos al indígena como un ser biológicamente inferior dentro de la especie” (p. 102) no nos incumben pero sí es de nuestro interés el anuncio que el autor realiza al final del capítulo tercero: “No queremos terminar este capítulo sin referirnos al *estado psíquico* del niño indígena, pues es indudable que no puede quedar indiferente en su desarrollo, sometido como lo está a las mismas influencias patológicas, que hemos visto trastornan tan profundamente el desarrollo somático-morfológico. Claro es que un estudio psíquico profundo requiere, aparte del dominio de la técnica psicológica, una convivencia larga y estrecha con el indígena, hasta adentrarse íntimamente en su vida y en el ambiente en que esta se desenvuelve, a manera como lo ha hecho Malinowski en las islas Trobriand, de la Melanesia. Por muy interesante y atractivo que sea el tema, nosotros no estuvimos en condiciones de efectuarlo, ni por nuestra preparación ni por el tiempo que semejante investigación requiere. Nos hemos limitado, en colaboración con Villarino, a un estudio de la capacidad mental y la memoria del niño indígena, empleando para ello los test elaborados por Binet y Yerkes para su aplicación en Europa. Naturalmente que los hemos modificado en la medida necesaria al ambiente y a la comprensión del indígena. La técnica y la exposición y estudio detallados de los resultados obtenidos serán expuestos en un trabajo que preparamos y próximo a su publicación. Aquí nos limitamos a resumir, a la manera de Yerkes, nuestras experiencias en una curva, en la que vemos cómo la mayor capacidad mental del niño corresponde a los dieciséis años, permaneciendo siempre inferior a la del niño europeo. Hasta qué punto esta inferioridad mental sea debida a los estímulos endógenos y exógenos, que trastornan también la evolución y curso normal del desarrollo y crecimiento, es algo difícil de determinar. Investigaciones hechas en Europa por múltiples psicólogos (Portes, Schmidt, Rosenfeld, Klobeg, Dippold y otros), llevadas a cabo desde hace siglos, han confirmado el hecho de que, por lo general, los escolares mejor conformados somáticamente hacen más progresos que los de constitución más débil. A pesar de todo, nosotros creemos que el factor primordial de esta inferioridad mental debe ser incluido, a lo menos en parte, entre las particularidades propias de las razas y culturas primitivas” (pp. 103-104).

La Capacidad Mental del Negro: La Inteligencia

El proyecto de investigación psicológica anunciado por Beato se concretó en 1944 con la publicación, en colaboración con el también médico Ramón Villarino Ulloa, de la obra *Capacidad Mental del Negro*, editada por la Dirección General de Marruecos y Colonias. La obra lleva por subtítulo *Los Métodos de Binet-Bobertag y de Yerkes, para determinar la edad y coeficiente mental, aplicados al negro*.

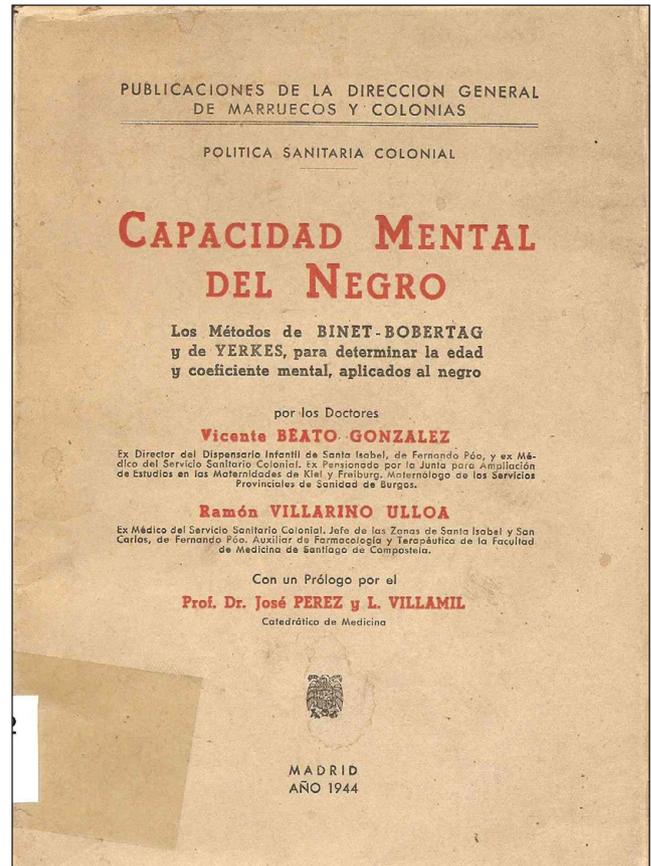


Figura 1. Portada.

La lógica última del trabajo se mantiene constante: el indígena es un portador de toda suerte de taras y patologías y “Como resultado final de este ataque permanente sobreviene, cuando no la muerte, la destrucción somática y psíquica del individuo y, a la larga, de la raza” (p. 17). Pero esto es algo que el colonizador no puede permitir pues sin el nativo “no sería posible la explotación de este continente salvaje y preñado de riquezas. No podemos, pues, prescindir del negro” (p. 17). Según los autores las enfermedades tropicales castigan desde su nacimiento al nativo tanto física como psíquicamente pero “No queremos indicar con esto que toda la inferioridad de las cualidades psíquicas del negro sea debida a la tara patológica, aparte de que lo primero que había que aclarar es si, en efecto, todas sus cualidades psíquicas son inferiores a las del blanco. Nosotros nos hemos limitado a estudiar dos componentes psíquicos: *memoria y capacidad intelectual*, aplicando los tests europeos; es decir, hemos ido a elegir la cualidad – inteligencia – más específica del hombre” (pp. 17-18). El capítulo I se cierra con una reflexión final sobre el estatus psíquico del nativo: “No toda su inferioridad intelectual se debe a tara patológica; estimamos que gran parte de ella es consecuencia de un fenómeno natural: Es indudable que una

sanidad bien llevada mejoraría la raza también en dicho sentido. Por todo lo cual deducimos la gran importancia que tiene para el médico el conocimiento de la psique del negro, tanto más cuanto que es una raza en la que no escasean los trastornos de tipo neuropático, para cuya curación hay que llegar muchas veces a procedimientos que caen de lleno en el terreno de la psicoterapia” (p. 18).

El capítulo II de la obra es una justificación de por qué se decidió investigar la inteligencia infantil, así como una sorprendente confesión del sentido último de la investigación. Los autores están convencidos de la inferioridad mental del nativo y del tremendo error que significa tratar de implantar un sistema escolar ordinario que el negro, por naturaleza, es incapaz de aprovechar: “Como materia para nuestro trabajo hemos elegido el niño, pues partíamos del hecho de observación vulgar en el país, que salta a la vista del menos curioso, de que este tiene una capacidad intelectual proporcionalmente superior a la del adulto, capacidad que va perdiendo a medida que aumenta su edad. Nosotros queríamos saber: ¿a qué edad cronológica corresponde la mayor capacidad mental del negro?; ¿a qué retraso lleva esta capacidad con relación a la del europeo?; ¿a qué edad comienza la involución psíquica del negro y qué relación guarda con la involución somática? Conocida esta máxima capacidad, que nos da la riqueza del negro en representaciones e ideas, ¿qué posibilidades tiene para aprender y retener materias que para el escolar blanco no ofrecen grandes dificultades? Con esto se podría determinar cuál ha de ser el porvenir de la escuela en África, o aún si valdría la pena de montar la enseñanza en dicho sentido, tal y como lo está desarrollando el Estado español. Creemos, en efecto, que nuestro trabajo aclara, de manera que no deja lugar a dudas, que la orientación actual de la enseñanza en nuestra colonia constituye uno de los más grandes borrones del libro a que hemos hecho mención. Demostrado – como estimamos – que la capacidad mental del negro no llega nunca a adquirir el desarrollo suficiente para la comprensión de conceptos abstractos que rigen la convivencia del europeo medio, es indudable que para bien de la Colonia y de España convendría *dar a la enseñanza una orientación más objetiva*, enseñando al hombre de color aquello que es capaz de aprender. Es la única manera de sacar utilidad a sus servicios y de que el indígena esté contento al ver que el fruto de sus trabajos no resultó nulo, pues se ha plasmado en una obra hecha por él. Al ambiente general de la Colonia ha trascendido también la facilidad con que el negro aprende trabajos de tipo imitativo. Tal vez la creación de una Escuela de Trabajo y una mejor organización del actual Instituto Colonial indígena de Artes y Oficios fuese la base para la futura orientación de la enseñanza; pero ello es cosa a investigar. Nosotros hemos querido solamente demostrar lo que ya estaba en el ánimo de todo colonial: la limitada capacidad mental del negro” (pp. 18-19).

El capítulo III está dedicado a la exposición de la metodología del estudio. Resulta llamativa tanto la falta de información detallada sobre el material, procedimientos etc.. como la franqueza con que los autores exponen las, a veces, muy poco ortodoxas medidas que tomaron para superar las dificultades de su estudio. “. no ha sido posible en algunas edades estudiar más que un limitado número de casos, debido a que por debajo de siete y ocho años los niños no hablan suficientemente el español para la comprensión de los tests. Desde esta edad en adelante todo es mucho más fácil; solamente en algunos casos hemos tenido que acudir al “pich-english” o al “bubi” para hacernos comprender” (p. 21). Los autores señalan que se repartieron las aplicaciones de los tests pero que han conseguido obtener una concordancia absoluta en sus criterios de valoración de las respuestas de los niños, hasta el punto de que “se dio el caso curioso de repetir involuntariamente la ficha del mismo individuo, y nos encontramos sorprendidos cuando vimos que no sólo no había variación en la puntuación total, sino que las mismas puntuaciones parciales de los diferentes tests coincidieron completamente. Esto es, además de exponente de la objetividad nuestra en la valoración, una exponente más de la falta de retentiva y atención que caracterizan al negro” (p. 22). Además “Algunas de las palabras de los tests de Yerkes han sido cambiadas por otras que representaban objetos o animales más familiares al indígena, viéndonos precisados en otras ocasiones a cambiar totalmente el test” (p. 22). Los autores no ignoran que “Tal vez se nos pudiera objetar que es absurdo emplear en un estudio sobre la capacidad mental del negro los mismos tests empleados en Europa; sin embargo, creemos que no hay posibilidad de hacerlo de otra manera. Yerkes y Binet (también hemos empleado los de este) han conseguido una escala tan perfecta que es lo menos que puede exigirse contestar a un muchacho para suponerle cierta inteligencia. La única fuente de error posible en este sentido sería el empleo de palabras que conceptualmente definan cosas a que el indígena no estuviese habituado, y ya hemos señalado cómo esto lo solventamos con la sustitución por otras más adecuadas; pero una vez que se emplean imágenes completamente familiares al mundo circundante en que se desenvuelve la vida del negro, la respuesta depende exclusivamente de la capacidad mental del individuo examinado (pp. 22-23)” Los autores informan de que tuvieron que descartar los datos obtenidos en algunos casos ya que en ocasiones el niño examinado “aun después de asegurarnos bien de que habíamos sido comprendidos, no daba respuesta ni buena ni mala, siendo el silencio la única contestación. Y aquí es en donde se ponía a prueba nuestra paciencia, la cual habíamos de acumular para ganarnos la voluntad y confianza del muchacho, lo que, de otra parte, conseguimos en la mayoría de los casos (...) con ello, cada prueba venía a durar de cuarenta y cinco a sesenta minutos, y deliberadamente ponemos el tiempo para que el lector disculpe el hecho de que en ocasiones nuestra paciencia fracasara, en cuyo caso

lo echábamos todo a rodar, pues, naturalmente, a la más mínima voz o gesto era imposible conseguir nada de aquel muchacho” (pp. 23-24).

Los autores se muestran conscientes de sus limitaciones y hacen una predicción que pocos años después se cumplirá: “En lo que se refiere al negro, nosotros hemos dado el primer paso y utilizado para ello las normas ya establecidas; esperamos que técnicos con preparación más amplia y sólida que la nuestra vayan haciendo un estudio mejor y más profundo en todo lo que se refiere a la psicología de nuestros “morenos”, pues, como hemos anticipado, creemos no sea posible una colonización real sin conocer perfectamente cómo es y qué es capaz de hacer el pueblo sobre el cual recae la acción colonizadora” (p. 25). Beato y Villarino justifican que su investigación sobre la psicología del nativo no haya abarcado funciones emocionales, afectivas etc.. y se haya concentrado en la inteligencia argumentando que “La inteligencia es al fin y a la postre la función más universal, la que menos se presta a tonalidades de tipo localista; al menos, cualitativamente considerada, podemos decir que la inteligencia no varía con las latitudes ni las razas. Es lógico, pues, que el empleo de los mismos tests para su medición, en los seres humanos más variados, haga posible la deducción de diferencias prácticas. No sucede lo mismo con las funciones psíquicas restantes (sentimientos estéticos, morales, religiosos, etcétera), que puede decirse son distintos para cada raza, y de aquí la dificultad de su estudio” (p. 26).

Los resultados de la investigación se presentan en el capítulo IV, denominado “Casuística”, en forma de 13 tablas. La primera ofrece la puntuación media de los niños nativos varones por edades cronológicas, con expresión del número de sujetos observados, puntuaciones máximas y mínimas, edad mental y C.I. La segunda tabla es para las niñas nativas y la tercera para un grupo de quince niños y niñas europeos. Las restantes se dedican a los resultados pormenorizados en cada una de los 20 ítems de los que se compuso la prueba aplicada.

El comentario y análisis comienza con un repaso ítem a ítem de los resultados. En el ítem I (“¿cuál es la más bonita?”) los resultados son semejantes en negros y blancos y en las distintas edades lo que, para los autores, muestra “que el gusto estético se desarrolla a una edad temprana en la infancia de cualquier raza” (p. 53). En el ítem II (“qué les falta a estos dibujos”) los autores estudian la capacidad de atención y fijación del niño y encuentran que “esta cualidad tiene un desarrollo más tardío en el negro, comenzando hacia los diez años a conseguirse una puntuación que se mantiene casi uniforme en adelante (...) dicha capacidad de fijación es algo mayor en el europeo, siendo de otra parte más precoz. Ningún niño de color alcanza los cuatro puntos que ya consiguen niños españoles de nueve años” (p. 54). En el ítem III (diferencia de rayas desiguales) los autores no detectaron diferencias notables cronológicas ni raciales. En el ítem V (contar hacia atrás de 20 a 1) los autores notan

que “Es muy curiosa la diferencia entre la raza blanca y la de color, que en todos los casos estudiados no baja de cuatro puntos para la primera (...) Por otra parte, en la raza de color el varón da siempre una puntuación mayor que la hembra, puntuación que aumenta con la edad, alcanzando el máximo a partir de los once años, para mantenerse sensiblemente uniforme en edades superiores” (p. 54). En el prueba VII (describir cuadros) los autores encuentran “una clara diferencia mental entre los blancos y los de color, coincidiendo la mayor capacidad de los quince a los diecisiete años” (p. 55). La prueba VIII (diferenciar pesos) “también pone de relieve una superioridad del blanco, si bien no muy marcada” (p. 55). En la prueba IX (diferencias entre objetos o animales) los autores subrayan que “al igual que todos aquellos en los cuales se estudia una cualidad intelectual pura para nada relacionada con la instrucción, la diferencia existente entre los niños blancos y los de color es enorme, aumentando en estos con la edad, para alcanzar el máximo, como siempre, hacia los quince años, a partir de cuya edad se conserva estacionaria” (p. 55). En la prueba X (definición de objetos conocidos) “no hay apenas diferencia de puntuación en ninguna edad, salvo pequeñísimas oscilaciones, lo que muestra la incapacidad del negro para definir conceptos en cualquier edad” (p. 55). En la prueba XI (diferenciar pares de rayas de distinta dimensión) el negro “casi se mantiene con la misma puntuación que el blanco, y en algunas edades aún le supera; esto va de acuerdo con el hecho de que la capacidad sensorial del hombre de color es superior a la del blanco, particularmente en lo que respecta a los sentidos de la vista y del oído” (p. 55). En las pruebas XII (copiar figuras geométricas) y XVI (copiar dibujos de memoria) los autores subrayan que se deben poner en juego no solamente facultades perceptivas visuales “sino que el muchacho sabrá relacionar, por medio de un proceso interno, las representaciones obtenidas del mundo externo; siempre que esto sucede la superioridad del europeo es bien notoria”. La prueba XIII (decir palabras en 3 minutos) “está en concordancia con la riqueza de palabras y representaciones, por lo cual también es inferior en el negro” (pp. 55-56). Aunque los autores admiten que el nativo puede, obviamente, tropezar con la dificultad de expresarse en una lengua extraña, subrayan que “cuando esto sucedía intentamos nos dijera las palabras en el idioma que mejor conociese” (p. 56). Por lo que toca a la prueba XIV (componer oraciones con tres palabras dadas) y a pesar de volver a constatar que la tarea implica el conocimiento del idioma, los autores concluyen que “la aptitud del hombre de color es menor que la del blanco, por la misma razón de un pobreza mayor en representaciones y capacidad para formar relaciones análogas, y más bien piensa esas palabras en una situación total, intuitiva; ordinariamente no usan las conjunciones causales (p. 56). La prueba XV (elegir la solución correcta ante situaciones como ¿qué harías si al ir al colegio empieza a llover?) “demuestra una capacidad de comprensión mucho menor que la del blanco; en contra de

lo que sucede en Europa, entre los negros es mayor en el varón que en la hembra” (p. 56). La prueba XVII (criticar absurdos) “pone de relieve la gran diferencia existente entre la raza de color y la blanca, manteniéndose la puntuación muy baja en la primera durante todas las edades; lo cual habla en favor del poco sentido crítico del negro, capacidad que no llega nunca a desarrollarse ni a la altura de un niño europeo de nueve a diez años” (p. 56). La prueba XVIII (reconstruir oraciones dadas en desorden) confirma y aumenta para los autores la conclusión anterior: “El negro no sólo carece de aptitud lógica, sino que más bien saca consecuencias ilógicas, en parte debido probablemente a la falta de atención ante las cosas que le rodean” (p. 57). En la misma línea corren las conclusiones sobre la prueba XIX (definir conceptos abstractos): “nos muestra el hombre de color una incapacidad casi absoluta (...) El negro no comprende las narraciones figurativas ni las significaciones por traslación” (p. 57). Y semejante conclusión sacan los autores de la prueba XX (semejanzas por analogía): “el pensamiento aparece indiferenciado y difuso, no hallando un concepto en una serie de tres, dispuestos según la regla de la proporción, escapando casi siempre la relación de igualdad” (p. 57).

La idea general que extraen los autores sobre el desarrollo de la inteligencia de los nativos de raza negra es que “Así como el niño es un organismo por desarrollar y lábil, las manifestaciones de la conducta en el hombre de color han sido determinadas en épocas pretéritas y se encuentran fijadas por la tradición. El niño se desarrolla en un mundo infantil, que le es peculiar y que no corresponde al mundo de los adultos. Sus reacciones responden perfectamente a la resonancia que en ellos adquiere el mundo de los adultos. El negro, en cambio, vive normalmente de un modo persistente en el único mundo que le es propio. Aun cuando el desarrollo de un niño en condiciones de ambiente salvaje se compara con el de un niño civilizado, hay que observar fundamentalmente el menor grado de tensión existente entre la forma primaria y la adulta en el niño salvaje” (p. 57). Y basándose en Franke (1915), concluyen que “La humanidad salvaje llega precozmente a su madurez, pero se estabiliza en ella” (pp. 57-58). Los autores pasan a comentar alguna ficha aislada de individuos con puntuaciones extremas, así como las fichas de los empleados nativos a su alcance, entre ellos maestros y enfermeras, y ofrecen finalmente una gráfica con la siguiente conclusión general: “Así como la curva del blanco se caracteriza por un ascenso continuado

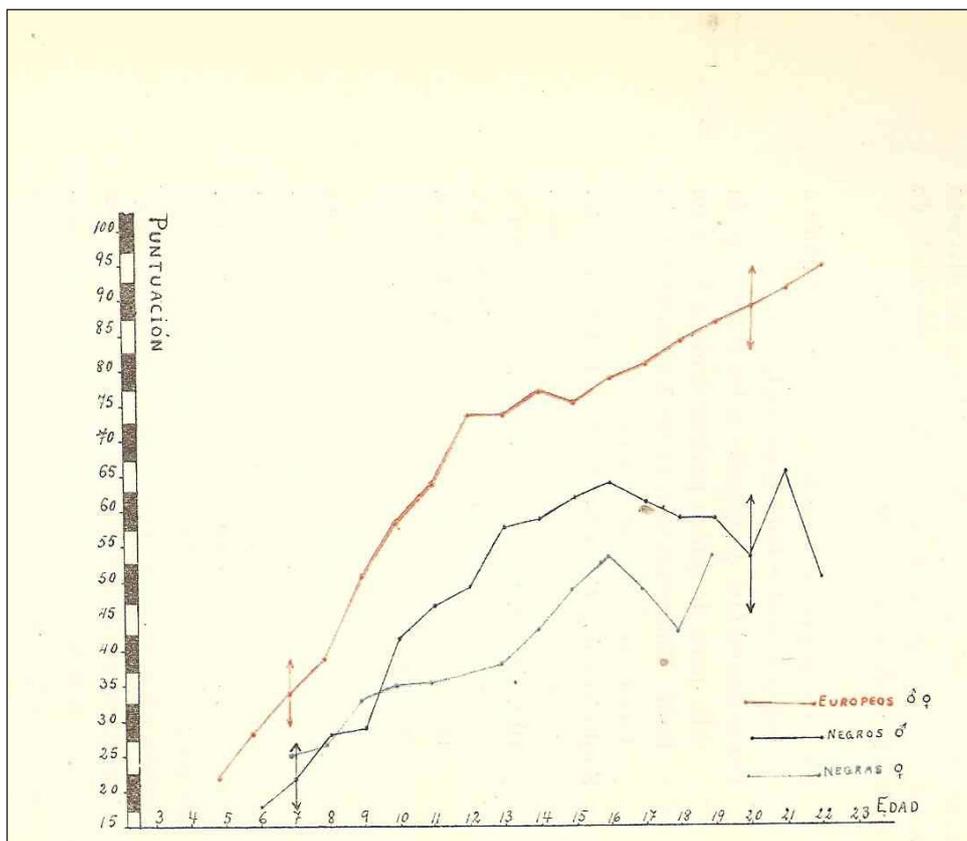


Figura 2. Gráfica comparativa de la inteligencia de europeos y negros.

(únicamente hay una detención momentánea entre los catorce y quince años), en el hombre de color, aparte de ser la puntuación mucho más baja, alcanza muy precozmente la cumbre, que se consigue a los dieciséis años, manteniéndose aquí casi estacionaria (con muy ligera regresión a los diecinueve años), pero con marcada tendencia a descender, en lugar de aumentar con la edad, como sería de esperar, o al menos así es en la raza blanca” (p. 69).

La Capacidad Mental del Negro: La Memoria

La segunda parte del estudio de Beato y Villarino estuvo dedicada a investigar la memoria. Los autores relatan que utilizaron la técnica de Netschajeff, modificada de acuerdo al empleo de objetos o frases familiares para el nativo, así como, en parte, la técnica de Ebbinghaus y Stern. Añaden que, para estudiar la capacidad de trabajo mental del niño en edad escolar, utilizaron también el método de complementación de Elsenhaus. Las pruebas se realizaban en las escuelas de la colonia reuniendo a todos los niños que sabían escribir, aunque fuera de forma rudimentaria. El procedimiento consistió en la aplicación de 11 pruebas divididas en 2 días para paliar el posible cansancio de los niños. Las pruebas consistieron en lo siguiente: 1) escribir un informe sobre 12 objetos mostrados a intervalos de 5 sgs. 2) lo mismo para doce sonidos diferentes, inarticulados y sin presentar el instrumento productor 3) lectura en voz alta de doce números 4) lectura de 12 palabras de 3 sílabas que designan objetos representables visualmente 5) lectura de 12 palabras que representan sonidos 6) lectura de 12 palabras que representan sensaciones táctiles o térmicas 7) lectura de 12 conceptos abstractos 8) lectura de 12 palabras que representan estados emotivos 9) responder a 5 preguntas para determinar el tipo de memoria preponderante en el niño 10) repetición de 12 letras presentadas y releídas en voz alta y luego sin articularlas 11) reconocimiento de sílabas sin significado.

Los autores reconocen en el comentario de los resultados – presentados en cuadros individuales para cada escuela y desglosados por edades y pruebas – que no dispusieron de un número suficiente de niños blancos para realizar comparaciones “firmes”, a pesar de lo cual afirman que “Puede, sin embargo, apreciarse, al igual de lo que acontece con los tests de Yerkes, cómo existe una superioridad por parte de los blancos, superioridad no muy grande frente a determinadas pruebas (IV y V), llegando a superar ligeramente el negro en las pruebas I y X, mientras que la inferioridad es bien clara en las pruebas VI, VII y VIII” (p. 103). En cuanto a la evolución de esta facultad “también aquí los progresos mayores corren paralelos a la edad, siendo vistos entre los doce y dieciséis años, decreciendo a partir de entonces, a excepción de la memoria para abstractos y estados emotivos, cuyo máximo es logrado a los catorce años, conservándose un poco más tiempo”. En cuanto a la fantasía, los autores afirman que “en el negro es puramente

imitativa, vulgar, inestable e intuitiva; en ningún caso la hemos visto combinativa” (pp. 103-104) y añaden que “En el dibujo, generalmente reflejan lo que saben; pero nunca representan lo observado, no siendo posible ver la autocrítica. En el negro lo fundamental es la imitación, pero nunca existe la elaboración independiente ni el perfeccionamiento” (p. 104). Los autores señalan que la memoria auditiva en los nativos suele estar considerablemente desarrollada y lo explican argumentando que “las representaciones y percepciones se hallan íntimamente emparentadas y menos diferenciadas entre sí de lo que están en el hombre civilizado, a causa de que las percepciones poseen mucho más el carácter representativo y las representaciones tienen mucho más el carácter perceptivo en los pueblos primitivos que en los europeos” (p. 104).

La Inferioridad Mental del Nativo

Las conclusiones del estudio para Beato y Villarino son bien claras. En definitiva, “ Toda la casuística recogida hasta aquí refleja la mentalidad del hombre de color, evidentemente y a todas luces inferior y diferente en todo a la del blanco.” (p. 104). Y no sólo por los resultados de los tests. Los autores compararon también el rendimiento de las distintas escuelas de la colonia llegando a la conclusión de que “en aquellas dirigidas por blancos, el aprovechamiento de los niños parece mostrarse algo superior a todas las demás, aun cuando la diferencia no sea exagerada” (p. 108).

Todo lo cual lleva a que los autores sientan confirmada su tesis de partida, esto es, la inutilidad de implantar en Guinea un sistema educativo equivalente al español: “Una simple ojeada a los cuadros y gráficas señalados nos hablan a favor de la poca efectividad de la enseñanza tal y como viene desarrollándose hasta aquí. Es posible, como se desprende de los hechos prácticos y, de una manera más científica, por deducción de la mentalidad del negro, que sea de mucha mayor eficiencia para el hombre de color todo aquello que esté basado en la imitación, apartándolo de cuanto represente elaboración, imaginación etc.. para lo cual visiblemente no tiene capacidad” (p. 108). Sin embargo en el aprendizaje de oficios manuales “todos realizan su cometido con un rendimiento nada despreciable cualitativa y cuantitativamente” (p. 109). Los nativos, sencillamente, son incapaces de asumir ninguna tarea de una mediana responsabilidad y los autores afirman haberlo sufrido en sus propias carnes: “Nosotros mismos teníamos a nuestras órdenes cerca de medio centenar, y pese a la repetición del trabajo a realizar por cada uno, cuando se trataba de materias algo complejas a buen seguro nos lo hacían mal, con lo cual éramos nosotros personalmente los que llevábamos trabajos medianamente delicados” (p. 109).

Beato y Villarino consideran que sus resultados no hacen sino corroborar los hallazgos de otros investigadores que han constatado la inferioridad mental del negro. Y para demostrarlo se apoyan en el trabajo de Ellsworth

Huntington, profesor de Yale y conocido defensor de la tesis de la superioridad mental del blanco. El texto que citan de Huntington es *Civilization and Climate*, libro publicado originalmente en 1915 y cuya traducción castellana acababa de publicar en 1942 la editorial Revista de Occidente en su colección *Cosas que importan*. En el texto citado por Beato y Villarino se puede leer, entre otras cosas: “el cerebro del blanco es, a sentir de muchos autores, más complejo que el del hombre de color, Strong (*Pedagogical Seminary*, 1913) y Morse (*Popular Science Monthly*, 1914) han demostrado que en Columbia los niños blancos se encuentran más adelantados que los de color; y así, empleando los tests de Binet en 225 niños blancos y 125 negros, obtienen un 84,4 por 100 de resultados satisfactorios en los primeros, contra un 69,9 por 100 en los de color (..) No puede invocarse las mayores oportunidades de los blancos, ya que en Washington los niños de color acuden al colegio durante un periodo exactamente igual que los blancos, a pesar de lo cual no cumplen un programa de estudio tan amplio, ni llegan a un grado tan alto como sus hermanos blancos (..) En determinados trabajos para los cuales se exige fuerza y docilidad, son preferidos los negros; más si hace falta poner en juego la inteligencia, se utiliza al blanco” (pp. 110-111). Reafirmados por estos datos, Beato y Villarino concluyen su trabajo confirmando que “Algunos de estos extremos son igualmente vistos en nuestra Colonia; y así, en lo que a la agricultura hace referencia, el producto obtenido por el negro es, cualitativa y cuantitativamente, peor que el del blanco, bien entendido que en el primer caso es cultivado directamente por el hombre de color, mientras en el segundo lo cultiva, pero bajo la dirección del blanco, ya que este no trabaja en estas latitudes por impedirlo el clima. También nosotros hemos obtenido una puntuación mucho mejor en el niño blanco que en el de color, bien que el número de aquellos es muy escaso y pese a que se halla el blanco en condiciones completamente desfavorables, cosa que no sucede al de color, quien vive en su ambiente; y si estas tampoco le favorecen, bien claro está que, transportados, e incluso nacidos en climas del Norte, nunca lograrán alcanzar la mentalidad del blanco” (p. 111)

Conclusiones: Colonialismo y Psicología en el Franquismo

El estudio del nivel mental del negro africano no era un tema inexplorado en el momento del trabajo que hemos expuesto. Según Abrahams (2001) los primeros estudios para comparar la inteligencia de los niños negros y blancos en Sudáfrica fueron realizados por Rich y Loades en 1916. Estos autores informaron de puntuaciones inferiores en el test de Binet Simon en los negros. Por la misma época Loran informaba de que los niños negros tenían un rendimiento un 50 % inferior al de los blancos. Hay que subrayar, sin embargo, que todos estos investigadores reconocieron la posible contribución de los factores

educativos y ambientales en los resultados, no apoyando, por tanto, la tesis de la inferioridad mental innata de los negros. Según Abrahams es justamente en las décadas de 1930 y 1940 cuando los estudios empiezan a sugerir la inferioridad innata de los negros en Sudáfrica. Fick, director del departamento de psicología de la oficina nacional de educación sudafricana publicó en 1934 estudios que mostraban una inferioridad en el CI de los niños negros y en 1939 amplió sus investigaciones concluyendo: “Although all the facts regarding the educability of the Native may not be in, the available data point to a marked inferiority on the part of the Native in comparison with Europeans. This inferiority, occurring in certain tests in which learning or environmental conditions are equalised for the Native and European group, does not appear to be of a temporary nature” (p. 56, cit. en Abrahams, p. 199). Las conclusiones de Fick fueron asumidas por el Council for Educational and Social Research, a pesar de haber sido contestadas por autores como Van den Berg y, sobre todo, por Simon Biesheuvel, que en su obra *African Intelligence* (1943) planteaba la problemática adaptación cultural de los tests, así como las múltiples variables ambientales y educativas que podían condicionar el nivel intelectual de los nativos concluyendo que “under present circumstances, and by means of the usual techniques, the difference between the intellectual capacity of Africans and Europeans cannot be scientifically determined” (p. 191, cit. en Abrahams, p. 199).

Sin embargo, consideramos que las investigaciones de Beato y Villarino se enmarcan más específicamente en el contexto de la polémica sobre cual sería la política educativa colonial más ajustada a la realidad guineana y a la ideología de la acción colonial española.

Román Perpiñá (1945), tras una investigación sobre el terreno acerca de la estructura y sistema de colonización en Guinea, resultado de la Misión Económica encomendada al autor y realizada bajo los auspicios de la Dirección General de Marruecos y Colonias y del Gobierno General de dichos Territorios durante el segundo semestre de 1941, propuso un esquema de activación del indígena (entendido como elevación progresiva en su vida material y espiritual) muy esclarecedor:

1. Valoración del indígena (política indígena activa):
 - a. Física: Sanidad e Higiene
 - b. Moral: Misiones e Instrucción
2. Ordenación de la vida indígena (política indígena pasiva):
 - a. Policía
 - b. Justicia
 - c. Instituciones pro-indígena
3. Utilización del indígena:
 - a. colonial
 - b. Prestación comunitaria
 - c. Bracero

Las posibilidades de “valoración” moral por medio de la instrucción plantean diversas alternativas pero la

fundamental es: ¿debe implantarse en Guinea una estructura educativa homologable a la española o es más eficaz orientar la acción educativa hacia los aspectos prácticos y profesionales adaptados a la mente del indígena? Se entenderá entonces que el problema fundamental en estos momentos se centre en la evaluación de la capacidad de desarrollo mental del indígena. Es en este contexto en el que las investigaciones de Beato y Villarino van a fundamentar técnicamente la opinión de los partidarios de diseñar, al menos de momento, una política educativa a medida de la inferioridad mental del nativo. Así, J. Fontán y Lobé, Director General de Marruecos y Colonias, escribe en 1942: “Es un hecho real que el estudio experimental ha puesto en evidencia que el niño indígena tiene en los primeros años de su vida una inteligencia poco inferior a la del niño europeo. Si analizamos el gráfico que insertamos obtenido por el doctor Beato al estudiar a los bubis, deducimos que más que inferioridad podríamos considerarlo como retraso, pues con una diferencia de dos o tres años, las dos curvas son sensiblemente paralelas y establecen la similitud de la inteligencia entre el niño indígena de diez años con un europeo de ocho, y de un indígena de doce con un europeo de nueve. Pero a partir de este punto el paralelismo empieza a perderse y a partir de los quince años la curva de inteligencia del indígena empieza a descender de una manera tan marcada, que se estima que a los veinte años ha descendido a la mentalidad de los doce (...) El estudio profundo de todas las concausas que influyan en este descenso tan prematuro de las inteligencias negras es un extenso campo de investigación para psicólogos y para pedagogos, que han de encontrar las que originan el fenómeno y han de señalar también los remedios para evitarlo.” (p. 8). Mientras tanto “especialmente en el aspecto psicológico-pedagógico es preciso ahondar para obtener de la mentalidad del indígena el mejor rendimiento posible. Hay que adaptar los métodos de enseñanza a la especial psicología de los negros; hay que resolver el problema del antagonismo entre lo que se enseña en la escuela y lo que inculcan las familias. Pero el problema más fundamental de la enseñanza es aumentar la capacidad de asimilación de las mentes indígenas.” (p. 8).

Fontán, como se ve, se mostraba cauto a la hora de interpretar estos resultados y no descartaba que el retraso mental del negro fuera remediable. Mucho más crítico con los planteamientos de Beato y Villarino se manifestó Heriberto Ramón Álvarez, inspector de enseñanza de la colonia. En su artículo “Notas sobre algunos problemas que ofrece la investigación psicológica del niño negro en Guinea” (1944) admite que en ese momento el niño negro manifiesta un nivel inferior pero se pregunta: ¿es incapaz de progreso? Con M. Mead afirma que no hay pruebas de inferioridad o incapacidad. Cita un “breve ensayo” del que tiene conocimiento por la nota aparecida en la revista *Africa* - evidentemente el trabajo de Beato y Villarino - y afirma que no es suficiente para sentar una conclusión definitiva. “Hemos sido testigo ocular de algunas de las experiencias

efectuadas y juzgamos que las pruebas que sirvieron de base a sus autores para la obtención de la mencionada curva no son las más indicadas para tratar de obtener una valoración exacta en estas comunidades que nos ocupan” (p. 94). Sobre los tests, como método de investigación en estas medidas del desarrollo mental considera que deben ser utilizados con extremada prudencia y tacto, pues en este contexto ¿puede el sujeto informarnos de sus acontecimientos psíquicos mediante un lenguaje comprensible? A su juicio faltan elementos de expresión lingüística. Señala un escollo considerable, la carencia de conocimiento exacto, en la generalidad de las ocasiones, de la edad cronológica para relacionar con la edad mental y obtener el C.I. Concede, con Goodenough, un valor muy relativo a los tests de Yerkes: “es muy difícil hallar por medio de ellos el grupo verdaderamente representativo del promedio que el término edad mental implica” (p. 95). Al llegar a las conclusiones, observa, no se pensó en comparaciones con otros grupos; de ahí que esas conclusiones sólo tengan valor para grupos que estén en condiciones análogas o iguales. Y señala que “Generalmente la solución del test no depende de la dificultad intrínseca, sino del grado en que el hecho de que se trate resulte conocido; es decir, de la probabilidad de que todos o la mayoría de los niños sometidos a examen hayan tenido la oportunidad de familiarizarse con él” (ibidem). Pone como ejemplo estudios realizados en Norteamérica, con niños afroamericanos comparados con niños blancos, y concluye insistiendo en su planteamiento: estudio de las diferencias intelectuales, culturales y emocionales en la infancia como producto en su mayor parte del medio ambiente.

Heriberto Ramón Álvarez volvió a insistir en esta posición en 1948 en su libro *Historia de la acción cultural en Guinea* y recordó, una vez más, la endeblez científica de estudios como el de Beato y Villarino: “Las investigaciones a que ha sido sometida la raza negra para determinar su I. Q., no pueden ser consideradas, por hoy, como rigurosamente científicas, pues en ellas no se han tomado en consideración factores importantes de situaciones económicas, sociales, culturales, lingüísticas, etcétera, que forzosamente falsean los resultados obtenidos. Por otra parte, los tests, en todos los casos como medio explorativo, han sido estudiados y standarizados en grupos de distinta atmósfera cultural que impiden, por tanto, comparaciones de verdadera exactitud científica (...) La standarización de unos tests adecuados al grupo racial negro permitiría una comparación de las puntuaciones obtenidas en las exploraciones efectuadas, en cada grupo, cuyas conclusiones podrían ser aceptadas desde el punto de vista comparativo, ya que los medios empleados responderían a las diferentes situaciones que mantienen, actualmente, las razas humanas” (p. 423).

A estas alturas el lector podría suponer que, ante críticas tan evidentes y fundadas como las de Álvarez, ningún autor o instancia oficial insistiría en la línea de investigación pionera de Beato y Villarino. No fue así sin embargo.

En 1945 se creó el Instituto de Estudios Africanos, integrado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. A su frente estaría, por razón de su cargo, el Director General de Marruecos y Colonias, general Díez de Villegas. Desde 1947 varias de sus publicaciones (Yglesias de la Riva, 1947; Fernández Cabezas, 1951; Ibarrola, 1951, 1956; de la Serna, 1956) van a apuntalar y reforzar las conclusiones de Beato y Villarino, cuyo libro incluso se reeditó por dicho Instituto en 1953. En 1949 se organizó una expedición científica a Guinea (Bandrés y Llavona, 2010) cuyas investigaciones psicológicas estuvieron a cargo de Ricardo Ibarrola, director del Instituto Nacional de Psicotecnia. La tesis de la inferioridad mental del indígena no solo no había sido abandonada sino que gozaba de una excelente salud.

Referencias

- Abrahams, F. (2001) The Use and Abuse of Psychological Testing in Industry: an Overview. In Stones, C.R. (Ed.) *Socio-political and Psychological Perspectives on South Africa*. Huntington, NY: Nova Science Publishers.
- Alvarez, H. R. (1944). Notas sobre algunos problemas que ofrece la investigación psicológica del niño negro en Guinea. *África*, 3, (27), 92-95.
- Alvarez, H. R. (1948). *Historia de la acción cultural en Guinea*. Madrid: CSIC, Instituto de Estudios Africanos.
- Bandrés, J. y Llavona, R. (2010) Psicología y Colonialismo en España (II): en busca del cociente intelectual del negro. *Psychologia Latina*, 1, 154-162.
- Beato González, V. (1942) *Contribución al estudio del desarrollo somático-morfológico del niño en Fernando Póo y causas que influyen en su anómala evolución. Urgente necesidad de un servicio de puericultura*. Madrid: Diana Artes Gráficas.
- Beato González, V. y Villarino Ulloa, R. (1944) *Capacidad Mental del Negro. Los Métodos de Binet-Bobertag y de Yerkes, para determinar la edad y coeficiente mental, aplicados al negro*. Madrid: Dirección General de Marruecos y Colonias
- De la Serna Burgaleta, J. (1956) *El niño guineano: estudio antropométrico y psicotécnico del niño negro*. Madrid: CSIC, Instituto de Estudios Africanos.
- Fernández Cabezas, J. (1951) *La persona pamue desde el punto de vista biotipológico*. Madrid: CSIC, Instituto de Estudios Africanos.
- Fontán y Lobé, J. (1942) La enseñanza en Guinea. *África*, III época, 1, (6), 6-8.
- Franke, E. (1915) *Geistige Entwicklung der Negerkinder: ein Beitrag zur Frage nach den Hemmungen der Kulturentwicklung*. Leipzig: R. Voigtländers Verlag.
- Ibarrola, R. (1951) Aportación al estudio del nivel mental de los indígenas de Guinea. *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 18, 7-29.
- Ibarrola, R. (1956) Problemas educativos en las colonias, consecuentes a las diferencias raciales. *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 38, 7-18.
- Negrín Fajardo, O. (1989) La educación colonial en África negra española durante el franquismo (1939-1949). *Revista Interuniversitaria de Historia de la Educación*, 8, 119-138.
- Perpiñá, R. (1945). *De colonización y economía en la Guinea Española*. Barcelona: Labor.
- Yglesias de la Riva, A. (1947). *Política indígena en Guinea*. Madrid: CSIC, Instituto de Estudios Africanos.

Received June 23, 2010

Revision received October 1, 2010

Accepted October 7, 2010